

Álvaro Cepeda Samudio

Recuerdos del año más importante del mundo

Mario Szichman

Para Juan Merino, creador, quien alentó estos recuerdos



1

Nueva York: en la novena avenida de Manhattan, entre las calles 34 y 35, en el área conocida como “Hell’s Kitchen” o la Cocina del Diablo está el “Holland Bar”. En su vitrina ofrece en letras de neón la cerveza irlandesa McSorley’s. Además, hay un papagayo fabricado con tubos de neón de colores rojo, amarillo y azul. El estilizado papagayo posa sus garras sobre una percha formada por la palabra “Corona”. Pero lo más interesante de la vitrina del bar son dos recortes, uno de un periódico, el otro, de una galerada sepia que nunca llegó a ser impresa. El recorte del periódico muestra a Bill (Doc) Cleary, el dueño del bar, sosteniendo una urna votiva. En la galerada sepia hay varios rostros de habitués al bar, rostros que uno sólo imagina en una película de Martin Scorsese: un hombre de rostro ancho, con anchos lentes bifocales, con la cabeza coronada por un sombre-

ro ancho; una dama demasiado sonriente, demasiado pasada de copas; un negro con boina; un hombre cuyo ralo cabello hace curvas sobre la frente (al novelista Jim Thompson nada lo ponía tan triste “como esos hombres calvos que se atusan el cabello de los costados a través de la coronilla”). Y en el centro de la foto está nuevamente el dueño del bar, Cleary, que tras portar ese apellido irlandés debe haber decidido que sólo podía convertirse en dueño de un bar.

Nunca hubiera explorado ese bar, nunca me hubiera arrimado a su vitrina, de no ser por Álvaro Cepeda Samudio, por su relato “En la 148 hay un bar donde Sammy toca el contrabajo”.

2

En 1967, cuando era todavía mucho más joven que ahora, conocí a Álvaro Cepeda Samudio. A partir de ese momento siempre pensé que para mí, el 1967 fue —y aquí le estoy

robando un formidable titular a Gabriel García Márquez— el año más importante del mundo. En esa época tenía veintiún años de edad y acababa de ser dado de alta del ejército en Argentina. El único galardón que portaba en mi pecho era haber colaborado en el derrocamiento de otro gobierno constitucional, el de Arturo Illia, como conscripto del Regimiento Tres de Infantería. Yo fui uno más de los briosos soldados que sacaron de la Casa Rosada al anciano presidente. También llevaba en mis alforjas el capítulo de una novela. Para eterno oprobio, todavía recuerdo una de las frases del texto —y conste que es de las menos deplorables—: “¿La luna recortada por el cielo, o el cielo recortado por la luna? ¿Enigma para poetas?”. Ruego al piadoso lector que no pretenda imaginar lo que debía ser el resto.

Pues bien, tras emerger del cuartel, quería conocer otra parte de América Latina. No

precisamente Colomb+ia, sino Haití. Y no todo Haití, apenas Cabo Haitiano, porque había leído *El reino de este mundo*, de Alejo Carpentier, y estaba ansioso por visitar los dominios del gran Henri Christophe, especialmente la Ciudadela de La Ferriere que, según el novelista cubano, era “uno de los edificios más gigantescos, más increíbles, amasado con una argamasa, con una especie de cemento que lo mezclaban con sangre de toro para hacer las paredes invulnerables”. (Antes que me olvide: nunca visité Haití, pero por casualidad conocí el lugar donde Victor Hughes, protagonista de *El siglo de las luces*, ordenó emplazar la guillotina, una ventana por la que el condenado se asoma al otro mundo. En 1977, el periódico venezolano *Ultimas Noticias* me envió a cubrir la erupción del volcán La Soufriere, en la isla de Guadalupe. Y en Point a Pitre descubrí que allí donde había merodeado la guillotina se hallaba una cancha de básquetbol. Por un breve instante, pensé que a través del aro eran encestadas cabezas de guillotinos).

Antes de llegar a Haití, hice escala en Colombia, una escala que, para usar otra cursilería, torció el rumbo de mi existencia. Tenía la ilusión de escribir algunas notas sobre su situación política para una revista de Argentina. El director había prometido no pagarme un solo centavo, pero eso sí, me dio un carnet que me hacía lucir como un personaje importante.

No voy a explicar los avatares que pasé antes de conocer a Álvaro Cepeda, pero puedo decir que conocerlo fue una experiencia en muchos niveles. A través de una amiga común, y sin siquiera preguntarme

por mis credenciales —por suerte, pues carecía de ellas, excepto tres años de estudios malgastados en la Facultad de Derecho— Álvaro me invitó un día a visitarlo en Barranquilla. Y además me ofreció trabajar en *El Diario del Caribe* que dirigía con tranquila pasión.

Cuando ví por primera vez a Álvaro me recordó a un Harpo Marx más joven y escueto. Nunca encontré otra cabellera como la suya. Y aunque mostraba una actitud *laid-back*, despreocupada, su presencia creaba electricidad en el medio ambiente. Le gustó que me hubiera encantado *La casa grande*, y de inmediato pasó a otro tema. Hablamos de literatura y no me hizo sentir como un enano, a pesar de que su conocimiento de los narradores norteamericanos era abrumador. Recuerdo su admiración por el cuento de Hemingway “El gato bajo la lluvia” —Hemingway, como tantos escritores que me mencionó Álvaro se hallaban todavía para mí en un futuro bastante impreciso—, algunas anécdotas que me contó de Faulkner, y su opinión sobre la política colombiana y latinoamericana. Álvaro admiraba mucho a Venezuela —fue él quien me convenció de que antes de pasar por Haití visitase Caracas— y no tomaba muy en serio a Brasil. “¿Qué respeto puede tenerse por un país cuya bandera luce los colores de un papagayo?”, me preguntó.

Si no recuerdo más de la conversación, sí recuerdo la vitalidad de Álvaro, su capacidad de observar el mundo con una eterna sonrisa. Parecía como si toda la vida hubiese sido una gigantesca broma que lo contaba entre sus protagonistas. Y creo que el impacto que me causó fue aún mayor pues

previamente había conocido a algunos sepulcros encalados en mi patria de origen.

3

Voy a rebobinar por un momento la película. Tras salir del cuartel en Buenos Aires, quise trabajar en periodismo, aunque carecía de toda experiencia. A través de un amigo logré contacto con un periodista del diario *El Mundo*, un magnífico ejemplar humano llamado Edgardo Da Mommio, encargado de la jefatura de la página internacional, quien me despertó la pasión por los viajes. Pero como también mi experiencia internacional se acercaba al grado cero de la escritura, Da Mommio me sugirió que intentara escribir para la página de cultura del periódico. Y allí conocí al primero de una



Gabriel García Márquez, Pepe Dominguín, Alejandro Obregón y Álvaro Cepeda Samudio (abajo) en 1971

pléyade de periodistas argentinos cuyas herramientas no eran el lápiz detrás de la oreja y la máquina de escribir volcada delante del escritorio, sino unas gigantescas tijeras de podar. En esta ocasión, quien inauguró la pléyade era alguien a quien llamaré “M”, como el vampiro de Dusseldorf.

Le llevé a M un artículo. Puedo asegurar que se lo entregué con mano trémula y el corazón



en la boca. M ojeó el texto, me explicó lo horrendo que era, y me recomendó que antes de volver a escribir aprendiera el oficio. Por cierto, añadió, me iba a entregar algunas columnas periodísticas que seguramente me ayudarían en mi *metier*. No sólo estaban muy bien escritas: además, seguían las pautas de estilo requeridas por el diario *El Mundo*. Imagine el lector la emoción que sentí al descubrir que todas esas columnas tenían la firma de “M”.

Tras esa experiencia, tropezar con el formidable Álvaro Cepeda Samudio fue como tocar las puertas del cielo. Pero en realidad, antes de tropezar con Álvaro, tropecé con su novela *La casa grande*. Recuerde el lector que yo portaba en mis alforjas un manuscrito que contenía esta indeleble perla: “¿La luna recortada por el cielo, o el cielo recortado por la luna? ¿Enigma para poetas?”. ¿Cómo emerger de esa cursilería que pesaba en mis pies como grillos de cuarenta libras? Pues bien, y no lo digo metafóricamente, con *La casa grande* aprendí a volar.

A comienzos del siglo XX, el poeta norteamericano Robert Frost escribió su poema “The road not taken”. La idea de Frost era que cuando se trata de elegir un camino, seguir aquel menos trajinado “hace toda la diferencia”. Tiemblo al pensar qué hubiera ocurrido con mi vida si hubiera elegido el camino que me trazó M durante su clase magistral en la redacción del diario *El Mundo*. ¿Hubiera leído sus columnas y abrevado en ellas? ¿Me hubiera convertido como él en un desdeñoso y altanero crítico literario, con mis propias tijeras de podar a cuestas, tratando de poner en su lugar a cuanto miembro de la nueva generación trataba de salir del cascarón? ¿Hubiera guardado en un cajón del escritorio columnas periodísticas firmadas por mí para endilgárselas a reporteros bisoños a fin de ayudarlos en su *metier*? ¿Tendría entre mis planes futuros escribir un ensayo de mil seiscientas páginas sobre el ocaso de nuestro siglo? (Sé que esa era una de las ambiciones de M). Pero por una jugarreta del destino —recalar de pasada en Colombia cuando mi intención era llegar a Cabo Haitiano— me choqué de narices con uno de los mejores textos que ha producido la narrativa latinoamericana.

¿Qué le pedimos por lo general a un escritor? Que sus diálogos sean plausibles, sus personajes creíbles, y que su trama cuente con buenos cimientos. Y además, que no interfiera en la vida de sus criaturas. (Borges decía que los escritores, como los gobiernos, deberían ser imperceptibles).

Y todo eso estaba en la narrativa de Álvaro.

De la misma manera en que Álvaro me obligó a explorar

bares de Manhattan porque escribió su relato “En la 148 hay un bar donde Sammy toca el contrabajo”, él me enseñó cómo describir una experiencia violenta, los fusilamientos del 9 de junio de 1956 en Argentina. Gracias a los soldados de *La casa grande*, mis soldados de *La crónica falsa* encontraron su voz y balancearon el peso de sus fusiles. (“Todavía no eran la muerte”, nos dice Álvaro de sus soldados. “Pero llevaban ya la muerte en las yemas de los dedos; marchaban con la muerte pegada a las piernas; la muerte les golpeaba una nalga a cada trance; les pesaba la muerte sobre la clavícula izquierda; una muerte de metal y madera que habían limpiado con dedicación”).

Por supuesto, había leído previamente algunos narradores excepcionales, como Roberto Arlt, el autor de *Los siete locos* y *Los lanzallamas*. Y la lectura de *Crimen y castigo* me sumergió durante algunos días en el embotamiento total. Pero con Arlt, con Dostoievsky, con otros escritores, la lectura estaba tamizada por una realidad diferente. Los personajes podían prevalecer sobre seres de carne hueso, pero seguían siendo personajes de ficción. En Álvaro esa distancia estaba anulada. Los seres reales comenzaban a ocupar un lugar de ficción, el que había delineado en sus historias. Y mis personajes comenzaron a encuadrarse en las siluetas que Álvaro creó en *La casa grande*, que luego reencontré en los cuentos de *Todos estábamos a la espera*. Y lo mejor del caso, sin necesidad de copiarlo, pues es imposible copiar a Álvaro. Su prosa no tiene un gramo de grasa. Nos ofrece el camino para narrar, la

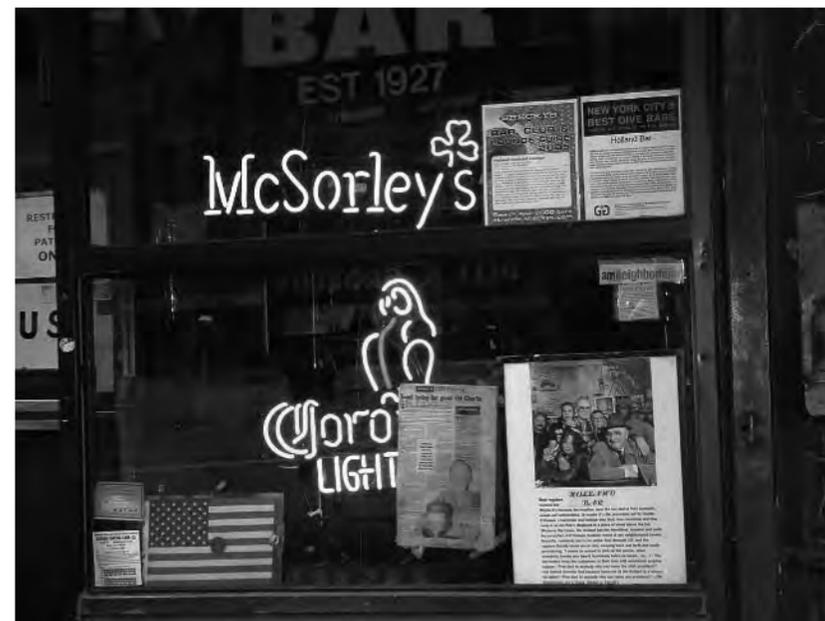
plantilla, pero las palabras debe incorporarlas cada escritor. Cualquier narrador en ciernes puede quedarse enganchado en la prosa de Borges, en esas frases plagadas de “vanas y laboriosas palabras”, de “desesperadas manos”, de “arrabales últimos”. Y a poco de leer a Carpentier, un escritor en ciernes desea describir banquetes con comidas de doce platos, o ponerse pesado detallando la arquitectura de una mansión.

Un mes después de leer *La casa grande*, escribí un cuento, “Siluetas en un campo de tiro”, que fue el preludio a mi novela

Perón, y que después de leer *La casa grande* nunca incurrí en la cursilería de tratar de averiguar si la luna estaba recortada por el cielo, o el cielo estaba recortado por la luna.

4

En la novena avenida de Manhattan, entre las calles 34 y 35, en el área conocida como “Hell’s Kitchen” o la Cocina del Diablo está el “Holland Bar”. En su vitrina ofrece en letras de neón la cerveza irlandesa McSorley’s. Además, hay un papagayo fabricado con tubos de neón de colores rojo, amarillo y azul. El



La crónica falsa. Por cierto, el título de la novela es muchísimo más largo, una manera de rendir homenaje al proyecto inconcluso de Álvaro: “Los grandes reportajes sobre la extraña muerte de la mujer del médico más famoso de la población de Ciénaga”. No voy a entrar en detalles sobre esa novela, más allá del hecho de señalar que era la historia de unos fusilamientos en la Argentina, tras el derrocamiento de Juan

estilizado papagayo posa sus garras sobre una percha formada por la palabra “Corona”.

Nunca hubiera explorado ese bar, nunca me hubiera arrimado a su vitrina, de no ser por Álvaro Cepeda Samudio, por su relato “En la 148 hay un bar donde Sammy toca el contrabajo”. En ese relato podrían abrevar las figuras del “Holland Bar”, atravesar sin dificultad el umbral del recinto y adentrarse

en ese mundo donde Penny Shanon tiene un vientre llano, allí “donde había fracasado su hijo mulato”, y Ritta está “al lado de su paquete plateado de cigarrillos, viendo las palabras iguales que Sammy decía frente al micrófono en el *back-room*”.

Jorge Luis Borges dijo, a raíz de Kafka, que “cada escritor crea a sus precursores” y que “su labor modifica nuestra concepción del pasado, como ha de modificar el futuro”. Un poema de Browning, un cuento de León Bloy, otro de Lord Dunsany muestran, dice Borges, la presencia (ulterior) de Kafka. “Pero si Kafka no hubiera escrito, no la percibiríamos; vale decir, no existiría”.

Propongo otra vuelta de tuerca a esa teoría: Álvaro Cepeda nos hace percibir cosas que de otra manera no existirían. El no creó precursores. Pero permitió a seres reales que ocuparan un lugar de ficción, aquel que fue delineando en sus historias. Y ahora, aunque Álvaro ha muerto y hay tenues ecos de sus relatos, la única manera de que esos personajes subsistan es encuadrarse en las siluetas que el escritor creó para ellos. ■

Mario Szichman (Argentina)

Autor de siete novelas, entre ellas, *Los judíos del Mar Dulce* y *A las 20:25 la señora entró en la inmortalidad*, y de los ensayos: *Miguel Otero Silva: mitología de una generación frustrada*, y *Uslar: cultura y dependencia*. Acaba de concluir su trilogía narrativa sobre La Patria Boba que incluye: *Los papeles de Miranda* (2000), *Las dos muertes del general Simón Bolívar* (2004) y *Los años de la guerra a muerte* (2008). Szichman vivió más de una década en Caracas. Reside en la actualidad en Nueva York, donde trabaja como corresponsal de varias publicaciones y como traductor.